las negras bailan la bambula alrededor de la estatua de Josefina. El pueblo canta, grita y ovaciona a sus huéspedes: "¡Viva el emperador! ¡Viva la flor perfumada!", lo cual halaga a la

emperatriz.

Si Maximiliano ha querido detenerse aquí, no es, ya lo hemos dicho, para admirar lo pintoresco de la isla. Es para tomar contacto con mexicanos, para hacer un primer gesto de clemencia. Hay allí prisioneros de guerra enviados por los franceses, y algunos de ellos han dado su adhesión al régimen imperial. El emperador los recibe. Algunas literas están libres a bordo de la Themis, les dice; que saquen a la suerte los que las ocuparán. Otros ocho prisioneros se embarcarán con los gastos por cuenta del emperador, en el primer barco que

navegue rumbo a Veracruz.

El 17 de mayo, la Novara leva el ancla, y después de una corta detención en Jamaica, entra en el golfo de México. Al través de las rocas de coral, el mar está claro como un espejo. La emperatriz está encantada del viaje "de ninguna manera fatigoso y, lo que es más, interesante y agradable". Le encantan los trópicos. Piensa en mariposas y colibríes. "Es inexpresable la belleza de esta naturaleza tan rica, tan variada. No se sabría pintarla con ninguna descripción y mi corazón empieza a apegarse mucho a ella sin que lo físico sufra por ello. Jamás hubiese creído que, por lo que toca a las regiones donde viviremos, mis deseos fuesen tan completamente colmados..." En cuanto a Maximiliano, "tranquilo y feliz", no cesa de mirar a lo lejos.

Finalmente, Veracruz. Primera vista de su imperio para los soberanos. Vista demasiado melancólica. Costa plana, arenosa, sin vegetación; casas sin techo, y las calles rectilíneas, uniformes, producen "una impresión de cementerio", observa Paula Kollonitz. Y todavía se añaden a la melancolía del conjunto los restos de un barco francés encallado en un arrecife madrepórico. Se ven tumbas en una isla cercana. Son las de los franceses muertos por el vómito negro durante el bloqueo de 1838. El jardín de aclimatación, dicen los soldados.

Se escuchan los cañones del fuerte de San Juan de Ulúa: salva reglamentaria para saludar a la pareja imperial. Al pasar, Carlota piensa en "el tío Joinville" que tomó parte, en 1838, en las operaciones navales contra la plaza. El aspecto de Veracruz "le agrada infinitamente" a la emperatriz. "Es Cádiz,

dice, un poco más a la oriental". En el puerto están anclados numerosos barcos de guerra franceses. Maximiliano lanza una orden. Que no se mezcle la Novara con éstos. Es preciso evitar sobre todo que nazca, en el espíritu de la población, la idea de que el nuevo emperador se identifica con la potencia ocupante. La Novara echa, pues, el ancla, en lugar bastante apartado, lo cual suscita la cólera del almirante Bosse, comandante de las fuerzas francesas. Se presenta, el primero, a bordo de la Novara, muy descontento y sin ocultarlo. Con "una falta de respeto incomparable y con desprecio de todas las conveniencias", anota la condesa Kollonitz, exhala su malhumor. Por qué el barco austriaco se colocó fuera de los barcos franceses? El lugar que escogió es el rincón más malsano del puerto. Permanecer allí durante la noche, equivale a correr el riesgo de contraer inmediatamente la fiebre amarilla. Pinta en seguida, en términos muy vivos, un cuadro alarmante del viaje que emprenderá el emperador para dirigirse a México. Bandas juaristas tratarán de capturarlo. No ha tenido el tiempo necesario el general Bazaine para organizar la seguridad del recorrido. Maximiliano lo escucha con "una calma sarcástica". El almirante, por lo demás, está mal informado. Han sido tomadas todas las precauciones de seguridad.

Nadie se presenta. ¿Qué hace, pues, Almonte? Se le espera, porque es él, el teniente general del imperio, quien debe devolverle al soberano sus poderes. Solamente después de él podrán venir el prefecto, la municipalidad y los funcionarios.

Finalmente, por la tarde, en el momento en que el sol se pone, se anuncia el general Almonte. Su retardo se debe al hecho de que la llegada del emperador estaba prevista para el 30 de mayo. Al venir de México, el general se había detenido en Puebla, en Orizaba y en Córdoba para inspeccionar los lugares por donde deberán pasar los soberanos. Y se había quedado hasta el último momento en las montañas, lejos de las pestilencias de la costa. Es esto lo que explica con muchos detalles. Es un hombre simpático, que "parece bueno, amigable, cortés y refinado".

El emperador le expresa su gratitud por los servicios que le ha prestado y lo nombra gran mariscal de la corte y ministro de la casa imperial. Título honorífico, pero que pone fin a su papel en el gobierno. En adelante, Maximiliano tratará de liberarse de los elementos conservadores, a fin de gobernar, según sus principios liberales, con todos los partidos.

En la noche, la ciudad se ilumina. También la flota francesa. Brillan luces en lo alto de todos los palos. Se ha fijado una proclama en los muros de Veracruz. "Mexicanos, vosotros me deseasteis... respondo con alegría a vuestro llamado... os prometo respetar vuestras leyes y hacerlas respetar... Ya conocéis mi divisa: equidad en la justicia... mantendré el cetro con confianza y la espada del honor con firmeza. Pertenece a la emperatriz la envidiable tarea de consagrarle al país todos los nobles sentimientos de una alma cristiana y toda la dulzura de una tierna madre. Unámonos para alcanzar el objetivo común, olvidemos las sombras del pasado, sepultemos los odios de partido, y la aurora de la paz y de una felicidad merecida se levantará radiosa sobre el nuevo imperio..."

¿Convencerán estas nobles palabras a los ciudadanos de Veracruz, hostiles a la intervención y de opiniones liberales?

Mañana se verá.

. .

Aquella noche nadie pudo dormir en la Novara. A las cuatro y media se celebra una misa en el puente del navío. Luego, los botes transportan a tierra a los pasajeros. A medida que se acercan, se torna más y más persistente un olor mefítico. Es el olor de Veracruz. Desembarcan en una ciudad apenas despierta y poco simpática. Riachuelos fangosos pasan en medio de las calles obstruidas por montones de porquerías en donde hormiguean los zopilotes, buitres negros, únicos agentes de la administración de las vías públicas. Casas deterioradas, mendigos en andrajos. Apenas algunos peatones, algunos comerciantes arreglando sus canastas de mimbre, tomates, plátanos, sandías, pimientos, melones de vivos colores. Están allí algunos oficiales, pero ninguna escolta militar francesa o mexicana, y tampoco las damas de honor, que deberían haber tomado su lugar cerca de la emperatriz desde la llegada de ésta. El viento derribó dos arcos de triunfo levantados en la plaza de armas. No fueron levantados de nuevo, lo que se añade a la impresión de tristeza que experimentan todos los que se encuentran en ese lugar. Ni un grito, ni una aclamación. Algunas salvas de artillería resuenan en el vacío. Se experimenta la sensación física de hostilidad. "Una recepción glacial", anota la condesa Kollonitz. Carlota tiene los ojos llenos de lágrimas.

Es triste el recorrido hasta la pequeña estación construida recientemente por los franceses. Los soberanos y su séquito —ochenta y cinco personas— se amontonan en vagones con sillas de paja trenzada. Material comprado a los Estados Unidos de Norteamérica para el transporte de las tropas. El tren, que atraviesa las tierras calientes, avanza por una especie de selva virgen en donde suben emanaciones pestilentes. Al cabo de cuarenta kilómetros se detiene en La Soledad, pequeña ciudad

aislada, para permitirles a los viajeros restaurarse. Se sirve un desayuno suntuoso en un abrigo empavesado. Ha acudido una multitud curiosa, entre la que los indios son numerosos, para ver a los nuevos soberanos. Una música, llamada por Almonte, calienta un poco la acogida más bien reservada. Maximiliano se esfuerza en deshelar la atmósfera. Se dirige en español a sus nuevos súbditos. Les dedica cumplidos a los franceses: felicita al ingeniero de Sansac que construyó un hermoso puente sobre el Jamapa, y al comandante Marézal que creó una aldea francesa al lado, aldea que en adelante llevará su nombre, le anuncia.

Todavía treinta kilómetros y la vía férrea termina en Loma Alta. Se encuentra allí el coronel Miguel López con el general Gálvez y cien lanceros para darle escolta al emperador. Los viajeros se instalan en las diligencias, pesados y antiguos vehículos arrastrados por mulas en un camino abrupto que rodea al macizo del Chiquihuite, cuya parte más difícil se llama

Salsibuedes.

Carlota se siente aplastada por esa naturaleza salvaje donde las cosas toman un aspecto terrorífico. No le hubiera sorprendido, asegurará, si hubiera visto aparecer a Juárez en persona rodeado de unos centenares de guerrilleros. Felizmente se siente protegida por los soldados franceses en "muchos lugares más que sospechosos, en donde se ocultaban millares de partidarios" Unos días más tarde, escribirá: "Este viaje ha dejado una impresión extraña en mi espíritu. Habíamos atravesado una media docena de gargantas y los mexicanos se excusaban sin cesar por el camino; pero nosotros les repetíamos que eso no nos incomodaba, aunque a decir verdad, todo aquello sobrepasaba la imaginación y teníamos necesidad de toda nuestra juventud y de todo nuestro buen humor para evitar la tortura de los calambres o para no rompernos una costilla".

Cerca del río, al pie del Chiquihuite, durante la travesía de un espeso bosque, estalla una tempestad: lluvia torrencial, viento de terrible violencia; se apagan las antorchas. La noche había llegado y se avanzaba con grandes trabajos en las tinieblas. Para colmo de desdichas, se rompe un eje del vehículo imperial. Entre la tempestad, deben subir Maximiliano y Carlota a la diligencia del general de Maussion de Faviêres, comandante superior del círculo de Orizaba que había venido al encuentro de ellos. Uno de los vehículos del séquito se vuelca con sus seis ocupantes. Uno de éstos, Velázquez de León, nuevo presidente del gabinete, sale por la ventanilla.

De pronto, en esa noche lúgubre, un rayo luminoso e inesperado pondrá un poco de alegría en el corazón de los soberanos. Antes de la entrada en Córdoba, llegan muchos indios que llevan antorchas y exhalan gritos de alegría. Rodean al séquito y lo acompañan hasta la ciudad en donde todos entran a las dos de la mañana. Allí, una feliz sorpresa: los habitantes han esperado al cortejo imperial, las calles están todavía iluminadas, se escuchan dondequiera aclamaciones. Reconfortados, Maximiliano y Carlota asisten a la cena preparada en su honor y soportan discursos y más discursos. Pero poco importa. México, hasta estos momentos con el ceño fruncido, ¿cambiará al fin de cara?

.

Pudiera creerse. Al presente los indios acuden en masa para ver de cerca al emperador. ¿No sería éste, según la antigua creencia transmitida de siglo en siglo, la reencarnación de Quetzalcóatl, el prestigioso soberano, el misterioso salvador que desaparece y reaparece? En esta ocasión, muy bien podría el dios aparecer bajo la forma de este príncipe de noble raza, rubio que viene del Oriente como está predicho, que viene a libertar a los pobres indios, para darles una vida mejor después de siglos de servidumbre.

En el recorrido entre Córdoba y Orizaba se levantan arcos de triunfo monumentales, adornados con flores y banderas. Los indios llevan prendida en su sombrero una insignia de fiesta. Sin embargo, no espera Maximiliano una recepción entusiasta de Orizaba. Es una de las ciudades más republicanas de México, según se le ha dicho. Montan allí a caballo para recorrer un camino escarpado. Paisaje maravilloso que le recuerda a Carlota el Tirol meridional. Para su gran asombro, los soberanos encuentran una multitud delirante reunida en la capital: diez mil indios gritan su esperanza; se cuelgan de las ruedas de la carroza imperial como para retenerla, como para conservar al Libertador. No se dudaría que el general juarista Porfirio Díaz anduviese por los alrededores, esperando prender en una emboscada al emperador y a su séquito.

El Te Deum celebrado en la catedral se añade a la impresión causada por la presencia de Maximiliano. Se desborda el entusiasmo cuando éste, con Carlota del brazo, sale de la iglesia para dirigirse a pie a la casa que deberán ocupar.

En el curso de los días pasados en Orizaba, recibe a muchas delegaciones, entre otras a la de la tribu azteca del Naranjal, cuyo jefe le ofrece a la emperatriz una sortija adornada de gruesos diamantes, reliquia, explica, de Moctezuma,

de quien pretende ser descendiente. Todos aquellos indios fueron invitados a la mesa imperial. Maximiliano se alegra de esos contactos con su pueblo. Ve en ello un buen presagio para el porvenir. Sin duda se le mostró este poema, en el que un comerciante francés profetiza:

...Sire, es bueno este pueblo. Sire, estad contento. Marchad, él os seguirá. Ordenad, él espera.

...El indio, ese soñador, ese hombre de apacible frente... Ese rudo trabajador, pobre desheredado... Vos lo habéis levantado de nuevo; vuestra soberana mano Lo ha vuelto con un solo gesto a la familia humana. Regocijaos, Sire, de este primer beneficio: El indio hará de vos Maximiliano el Grande.

Para dirigirse a Puebla (ciento cuarenta kilómetros) es necesario cambiar ocho veces de caballos. Es necesario, por un camino de muchas revueltas, rasando precipicios y casi en línea vertical, alcanzar las cimas de las famosas cumbres de Acultzingo, uno de los lugares más terroríficos del mundo.

Puebla de los Ángeles, con sus setenta y cinco iglesias de cúpulas bicolores, azul y amarillo, en azulejos, con sus conventos y sus torres cuadradas señoriales, su catedral majestuosa y clásica, su magnífica capilla del Rosario, con su cielo casi siempre azul, es una ciudad resplandeciente, llena de animación. Una ovación acoge a los emperadores. El ayuntamiento le ofrece a Maximiliano las llaves de la ciudad sobre una bandeja de plata. El emperador le da las gracias por este testimonio de confianza. Tiene un gesto feliz: "Seguro de vuestra fidelidad, dijo, os devuelvo estas llaves, ya que tengo una sola aspiración, poseer vuestros corazones". Estallan las aclamaciones al escucharse estas palabras.

Por la noche los soldados encienden fuegos de artificio, los que, delicada atención, representan el castillo de Miramar. Y al día siguiente, desfile de tropas. Este día, 7 de junio, es el cumpleaños de la emperatriz. Las damas vienen a presentarle un magnífico ramo de flores, y ella también encuentra las palabras apropiadas: "Un día como éste, está lleno de recuerdos para todos, y muy doloroso sería para mí si los agasajos, las atenciones y las pruebas de simpatía de que aquí he sido objeto, no me recordasen que estoy en mi nueva patria, en medio de los míos... Le doy gracias a Dios que me ha conducido hasta vosotros y le dirijo ardientes votos por la felicidad de un país que es el mío". Desea, dice, que los po-

bres "compartan el placer que experimenta de encontrarse en medio de los habitantes de Puebla", y le remite al prefecto siete mil pesos fuertes a título de regalo personal para la

restauración del hospicio.

Después de Puebla, Cholula, ciudad que fue la primera, en 1863, en aceptar el imperio. Recepción espontánea, entusiasta, de millares de indios que agitan ramos de hierba. Se celebra la misa en la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, construida sobre la pirámide de esta "Meca" nahua, cuya superficie de base sobrepasa a la de la pirámide de Keops. Y Carlota se conmueve con la idea de que esta pequeña iglesia fue construida en el emplazamiento donde antaño se hacían sacrificios humanos.

Antes de entrar en México, quiere detenerse la emperatriz en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. En 1531 se efectuó, en el mismo lugar donde se eleva el santuario, una aparición milagrosa de la Virgen. Desde entonces, toda la América católica afluye aquí en peregrinación. A los ojos de Carlota, esta visita, "es un homenaje que se le rinde a la protectora de los indios por un descendiente de Carlos Quinto, que está próximo a sentarse en el trono de Moctezuma".

Feliz sorpresa les espera a los soberanos. La recepción sobrepasará a todo lo que han podido ver hasta este momento. Es "la efusión de la entrega, dice Carlota, y como una especie de delirio" que se apodera de muchos millares de personas. La gran plaza rebosa de gente. No indios solamente, sino también quinientos caballeros en traje negro con guantes blancos y damas en gran atavío descienden de doscientos coches. Se agitan banderas tricolores y ramos de vivos colores. Toda esta gente, en su impaciencia por ver a los nuevos soberanos, acudió desde la capital. Se hunden tras éstos en la iglesia, donde, de improviso, por primera vez, va a resonar el Domine, salve fac Imperatorem Maximilianum que todos entonarán con una sola voz.

Después de misa, las más altas personalidades se reunieron en la Sala del Capítulo para saludar a Maximiliano y a Carlota. El general Bazaine, comandante en jefe del cuerpo expedicionario en México, vino a caballo con algunos oficiales, entre ellos el coronel Blanchot. Se le introduce antes que a nadie y se le acoge calurosamente. Después de él, el conde Zichy, gran maestro de ceremonias, presenta al marqués de Montholon, ministro de Francia; luego al arzobispo de México, monseñor Labastida, al clero, a la asamblea municipal. "Momento conmovedor, observa Blachot, momento en que podía esperarse todo del porvenir". Maximiliano le responde al pre-

fecto con una voz que la emoción hace temblar: "...Os saludo con la efusión de un corazón que os ama y que ha identificado su suerte con la vuestra". Sin embargo, Blanchot juzga este discurso un poco chato, "sin grandeza, sin nobleza, sin inspiración finalmente".

En cuanto a Carlota, está deslumbrante "de alegría y de orgullo". Está satisfecha. Se desarrolla en la plaza una demostración que es una explosión de amor. Se exige la presencia de los soberanos en el balcón. Aparecen allí; se les aclama. Entran de nuevo, y se les reclama con grandes gritos: "¡Que vuelva nuestro emperador!" Se muestran nuevamente: "Hubo tales aplausos que ya sólo se escuchaba un ruido confuso e inarticulado", escribirá la emperatriz, encantada. Tales momentos la hacen olvidar las horas amargas de los primeros días. Al presente, se muestra llena de confianza. Está "encantada de todo". Se acomoda a todo, incluso a las pequeñas habitaciones sórdidas en las aldeas donde descansan, porque cree en el amor y en la fidelidad de este pueblo. "Está en un estado de entusiasmo del que nunca la creí capaz en una persona tan reservada", anota Paula Kollonitz, admirada.

Ha observado mucho durante el viaje, y tiene la convicción de que México aspira a la monarquía. "Esto responde al deseo general del país". Sin embargo, lo confiesa: "sigue siendo ésta una gigantesca experiencia, porque debe lucharse contra el desierto, la distancia, los caminos y el más completo caos... Es una tarea prodigiosa porque, cuando un país se ha divertido durante cuarenta años de su existencia en destruir todo lo que tenía de fuentes y de gobierno, no se rectifica todo eso en

un día...'

Comprende la amplitud de la tarea, lo que poi lo demás no la desanima. Al contrario. Ya se interesa en su pueblo, ese pueblo de ocho millones de habitantes, de los que cinco son indios, dos son de negros o de mestizos, y uno de blancos. Ya siente ella una preferencia por los indios: "pueblo soberanamente inteligente". Incluso ha notado la insuficiencia del clero, incapaz de educar a los niños. Inmediatamente juzgó que uno de los problemas esenciales en este país era mejorar la condición de los indios.

Buena alumna de su padre, Carlota tiene el golpe de vista político.